

## EL ARTE Y LA CIENCIA

Muchos señores de nuestros días, entre ellos bastantes agentes de Bolsa y no pocos notarios, dicen y repiten: La poesía se va. Esto quiere decir, poco más o menos: ya no hay rosas, la primavera ha muerto, el sol ha perdido la costumbre de salir, si recorréis la tierra toda no encontraréis una mariposa, ya no hay claror de luna, el ruiseñor ha enmudecido, el león no ruge, el águila no se cierne en el espacio, los Alpes y los Pirineos se han ido, ya no hay lindas jóvenes ni hermosos mancebos, la gente sólo piensa en la tumba, la madre no quiere a su hijo, el cielo se ha extinguido, el corazón humano ha muerto...

Si estuviese permitido mezclar lo contingente a lo eterno, la verdad sería lo contrario. Nunca las facultades del alma humana, explorada y enriquecida por el cruzamiento misterioso de las revoluciones, han profundizado y se han elevado tanto.

Y, aguardad algún tiempo, dejad que se realice esa inmediata mejora de la salud social que se denomina enseñanza gratuita y obligatoria, suponed que transcurre un cuarto de siglo y representaos la incalculable suma de desarrollo intelectual que contiene esta frase: «Todo el mundo sabe leer». La multiplicación de los lectores es como el milagro de la multiplicación de los panes. El día en que Cristo creó este símbolo, adivinó la

imprensa. Cristo hizo que se reprodujesen los panes. Gutenberg los libros. Un sembrador anuncia a otro.

El género humano, ¿qué es, desde el origen de los siglos, si no un lector? Durante mucho tiempo ha deletreado, aún deletrea, pero pronto leerá de corrido.

Este niño, de seis mil años de edad, ha estado en la escuela desde un principio; ¿en cuál? En la de la naturaleza. Careciendo entonces de libros, deletreó el universo. Tuvo primeramente la enseñanza de las nubes, del firmamento, de los meteoros, de las flores, de las bestias, de los bosques, de las estaciones, de los fenómenos. El pescador de Jonia estudia la onda, el pastor de Caldea deletrea en la estrella. Más tarde aparecieron los primeros libros; ¡sublime progreso! El libro es más vasto que el espectáculo del mundo, puesto que el hecho agrega la idea. Si alguna cosa es más grande que Dios, visto en el sol, es Dios visto en Homero.

El universo, sin el libro, es la ciencia que se bosqueja; el universo, con el libro, es el ideal que aparece. Y, como consecuencia, se produce la inmediata modificación del fenómeno humano. Donde sólo existía la fuerza, se revela la potencia. El ideal, aplicado a los hechos reales, es la civilización. La poesía escrita y cantada inicia su obra, que es magnífica deducción de la poesía vista. ¡Cosa extraña de enunciar!; cuando la ciencia soñaba, obraba ya la poesía con un són de la lira el pensador expulsa la ferocidad.

No insistamos por ahora sobre este poder del libro, ya de manifiesto, y del que volveremos a hablar.

Hasta ahora ha habido muchos que escriben y pocos que leen; pero esto va a cambiar. La enseñanza obligatoria es, para la luz, una recluta de almas. El diámetro del bien ideal y moral corresponde siempre al de la comprensión de las inteligencias. Tanto vale el cerebro, tanto vale el corazón.

Esta transformación se ha operado mediante el libro. La humanidad necesita una alimentación de luz. La lectura es éste sustento. De ahí la importancia de la escuela en todas partes y adecuada a la civilización.

El género humano va a abrir, por fin, el gran libro. La inmensa biblia humana, compuesta de todos los profetas, poetas y filósofos, va a resplandecer y reflejarse en el foco de ese lente luminoso que se denomina enseñanza obligatoria.

Humanidad que lee, es Humanidad que sabe. ¡Qué necesidad, pues, el decir la poesía se va! Por el contrario, podría gritarse la poesía llega. Quien dice poesía, dice filosofía, claridad. El imperio del libro comienza. La escuela es su proveedora. Si aumentáis los lectores, aumentaréis los libros. Antes el libro era sólo hermoso, ahora es útil.

¿Quién osará negarlo? El círculo de lectores se ensancha, el círculo de los libros crece también. Luego la necesidad de leer, como un reguero de pólvora al que se le prende fuego, no se detendrá, y esto, combinado con la simplificación del trabajo material para las máquinas y el aumento del descanso para el hombre, llevará a una menor fatiga corporal y se despertará en todos los cerebros un mayor deseo, de saber gozar de más grande libertad la inteligencia. Ese deseo de saber y de meditar convertiríase, cada día más en verdadera preocupación humana; se desertará de los bajos lugares para ir a los lugares elevados, ascensión natural de toda inteligencia que se engrandece; se arrinconará «Faublas» y se leerá el «Orestie», y una vez se haya gustado de lo grande, nadie se hará de ello; se devorará lo hermoso, porque la delicadeza de los espíritus aumentará en proporción a su fuerza; y vendrá un día en que, llegando a su pleno la civilización, esas cimas casi desiertas durante siglos, que se denominan Lucrecio, Dante, Shakespeare, estarán cubiertas de almas que irán allí a buscar su pasto.

## II

La unidad de la ley resulta de la unidad de esencia; naturaleza y arte son las dos vertientes de un mismo hecho. Y, en principio, salvo la restricción que

en seguida indicaremos, la ley del uno es la ley del otro. El ángulo de reflexión es igual al ángulo de incidencia. Estando todo igualado en el orden moral y equilibrado en el orden material, todo es ecuación en el orden intelectual. El binomio, esta maravilla aplicable a todo, tan incluído está en la poesía como en el álgebra. La naturaleza más la humanidad, elevadas a la segunda potencia, dan el arte. He ahí el binomio intelectual. Substituyendo este  $A + B$  por la cifra especial de cada gran artista y de cada gran poeta, se tendrá, en su fisonomía múltiple y en su total riguroso; cada una de las creaciones del espíritu humano. La variedad de las obras maestras como resultado de la unidad de su ley, ¿se quiere algo más hermoso? La poesía, como la ciencia, tiene una raíz abstracta. La ciencia es una especie de la obra maestra en metal, en madera, de fuego, de aire, máquina, navío, locomotora, aeróscavo; la poesía es una especie de la obra maestra en carne y hueso, Iliada, Cantar de los cantares, Romancero, Divina Comedia, Macbeth. Nada despierta ni prolonga el transporte del soñador como esas exfoliaciones misteriosas de la abstracción en realidades dentro de las dos regiones—exacta la una, infinita la otra—del pensamiento humano. Región doble y una sin embargo; el infinito es una exactitud. La profunda palabra «Número» se halla en la base del pensamiento del hombre; es elemento para nuestra inteligencia; significa armonía lo mismo que matemática. El número se revela el arte por el ritmo, que es la palpitación del corazón de lo infinito. En el ritmo, ley del orden, se siente a Dios. Un verso es numeroso como una muchedumbre, sus pies caminan con el paso cadencioso de una legión. Sin el número no hay ciencia; sin el número no hay poesía. La estrofa, la epopeya, el drama, la palpitación tumultuosa del hombre, la explosión del amor, la irradiación de la fantasía, todo este nublado con sus relámpagos de pasión, está regido, como la geometría y la aritmética, por esa misteriosa palabra: «Número». Al mismo tiempo que las secciones cónicas y el cálculo diferencial e integral, le pertenecen Ajax, Héctor,

Hécubo, los Siete Jefes de Tebas, Edipo, Ugolino, Mesalina, Lear y Priamo, Romeo, Desdémona, Ricardo III, Pantagruel, el Cid, Alceste; parte de que «Dos y Dos son Cuatro» y sube hasta la inmensidad.

Sin embargo, hemos de señalar una diferencia radical entre el Arte y la Ciencia. La ciencia es perfectible, el arte no.

¿Por qué?

### III

Entre las cosas humanas, y como tal cosa humana, el arte constituye una excepción singular.

La belleza de toda cosa, en la tierra, es la de poder perfeccionarse; todo posee esta propiedad; crecer, aumentarse, fortificarse, ganar, avanzar, valer más hoy que ayer; esto es, a la vez, la gloria y la vida. En cambio la belleza del arte estriba en que no es susceptible de perfeccionamiento.

Insistamos sobre estas ideas esenciales.

Una obra de arte existe de una vez para siempre. El primer poeta que llega, alcanza la cúspide. Quien suba tras de él llegará tan alto como él, pero no más. ¿Tú, te llamas Dante? Pues bien, este se llama Homero.

El progreso, objetivo siempre movedizo, etapa siempre renovada, tiene cambios de horizontes. El ideal no. Luego el progreso es el motor de la ciencia; el ideal es el generador del arte.

Esto explica que la perfección sea propia de la ciencia e impropia del arte.

Un sabio hace olvidar a otro sabio, pero un poeta no hace olvidar a otro poeta.

El arte camina a su manera; cambia de lugar como la ciencia, pero sus creaciones sucesivas, como contienen lo inmutable, permanecen. En cambio, las creaciones de la ciencia, no siendo ni pudiendo ser más que combinaciones de lo contingente, se borran las unas a las otras.

Lo relativo se halla en la ciencia; lo definitivo en el arte. La obra maestra de hoy, será la obra maestra

de mañana. ¿Shakespeare cambia algo en Plauto? hasta cuando le toma a Anfitríon, no se lo hurta. ¿Figaro absorbe a Sancho Panza? ¿Cordelia suprime a Antigona? No; los poetas no se entrelazan hasta el punto de ser uno escalón del otro. Se elevan solos, sin otro punto de apoyo que el de sí mismos, no tienen a su igual bajo los pies; los recién llegados respetan a los viejos. Se suceden unos a otros, pero no se reemplazan. Lo bello no expulsa a lo bello. Ni los lobos, ni las obras de arte se comen entre ellos.

Saint-Simón dijo: (hago la cita de memoria): «Durante todo el invierno se habló con admiración del libro del señor de Cambrai, cuando de pronto apareció el libro del señor de Meaux que lo devoró». Si el libro de Fenolón hubiera sido de Saint Simón, no lo habría devorado el libro de Bossuet.

Shakespeare no está por encima del Dante, Molière no está por encima de Aristófanes, Calderón no está por encima de Eurípides, la Divina Comedia no está por encima del Génesis, el Romancero no está por encima de la Odisea, Sirius no está por encima de Arturus. Sublimidad es igualdad.

El espíritu humano es el infinito posible. Las obras maestras florecen constantemente y duran siempre. Ninguna avanza a la otra, ninguna retrocede; las oclusiones, si se producen, son sólo aparentes y cesan pronto. La amplitud de lo ilimitado admite todas las creaciones.

El arte no adelanta ni atrasa. Las transformaciones de la poesía son sólo ondulaciones de lo bello, útiles para el movimiento humano. El movimiento humano es otro aspecto de la cuestión, que no desdeñaremos y que eximaremos atentamente más tarde. El arte no es susceptible de progreso intrínseco. De Fidias a Rembrandt, se ha andado, pero progresado, nó. Los frescos de la capilla Sixtina en nada perjudican a las metopas del Partenon. Retroceded cuanto queráis, del palacio de Versalles al «Schloss» de Heildelberg; del «Schloss» de Heildelberg a Nuestra Señora de París; de Nuestra Señora de París a la Alhambra; de la Alhambra a Santa Sofía; de Santa Sofía al Coloseo; del Coloseo a los Propileos; de los

Propileos a las Pirámides, retrocederéis siempre en los siglos, pero nunca retrocederéis en el arte. Las Pirámides y la Iliada se hallan en el primer plano.

Las obras maestras tienen todas el mismo nivel; lo absoluto.

Una vez conseguido lo absoluto, se ha logrado todo. De ahí no se pasa.

De ahí la seguridad de los poetas. Estos se apoyan en el porvenir con altiva confianza. *Exegi monumentum*, dijo Horacio. *Plaudite cives*, dijo Plauto Corneille, cuando contaba 65 años de edad, se hizo amar de la joven marquesa de Conbades, prometiéndole la inmortalidad:

«Entre la raza nueva,  
en la que tendré algún crédito,  
vos no pasaréis por bella  
mientras yo no lo haya dicho.»

En el poeta y en el artista existe el infinito; es éste un ingrediente del genio que le concede grandeza irreducible. Esta cantidad de infinito que existe en el arte es ajena al progreso. Ella podrá tener, y tiene, deberes para con el progreso, pero no depende de éste. No depende de ninguno de los perfectos perfeccionamientos, de ninguna transformación del idioma, ni de la muerte o nacimiento de lenguaje alguno. Contiene en sí lo incomensurable y lo inmunerable, no puede ser domada por competencia alguna, y es tan pura, tan completa, tan sideral, tan divina en plena barbarie, como en plena civilización. Es lo bello, diverso según los genios, pero siempre igual a sí mismo; supremo.

Tal es la ley, poco conocida, del Arte.

#### IV

La ciencia es otra cosa. Está gobernada por lo relativo, y las huellas imprimidas por éste, cada vez más parecidas a lo real, constituyen la seguridad *incierto* del hombre.

En la ciencia han sido obras maestras cosas que ya no lo son. La máquina de Marly fué una obra maestra,

La ciencia busca el movimiento continuo, y lo ha encontrado; es ella misma.

Todo se renueva en ella, todo cambia, todo echa nueva piel. Todo niega todo, todo destruye todo, todo dice todo reemplaza a todo; lo que ayer se aceptaba, hoy se rechaza. La máquina colosal que se llama Ciencia jamás reposa; nunca está satisfecha; es una insaciable de lo mejor, que ignora lo absoluto. La vacuna se discute, se discute el pararrayos. Tal vez ha errado Jénner; tal vez Franklin se equivocó; busquemos aún, dice la ciencia. Esta agitación es soberbia. La ciencia muéstrase inquieta alrededor del hombre, y tiene sus razones para ello. La ciencia desempeña en el progreso el papel de la utilidad. Veneremos a esta magnífica sierva.

La ciencia hace descubrimientos, el arte hace obras. La ciencia es una ventaja, un provecho, una escalera. Un sabio se encarama sobre otro sabio. La poesía es un aletazo.

¿Quiérense ejemplos?; pues abundan. Hé aquí uno, el primero que acude a nuestra mente:

Jacobo Metzú, Metius en la historia de la ciencia, descubre el telescopio por azar, como Mewton la ley de la atracción y Cristóbal Colón la América.

Abramos un paréntesis: no hay azar en la creación del «Orestes» o del «Paraíso perdido». La obra maestra se desea. Después de Metzú, viene Galileo que perfecciona el hallazgo de Metzú, después Kepler que mejora lo perfeccionado por Galileo, después Descartes, que fecunda la mejora de Kepler, después el capuchino Reita que rectifica la inversión de las imágenes, después Huyghens, que de el gran paso de colocar los dos vidrios convexos en el foco del objetivo, y en menos de 50 años, de 1610 a 1659, durante el corto intervalo que separa el «*Nuncius sidereus*,» de Galileo, del «*Oculus Elie Enoch*,» del padre Reita, el inventor, Metzú, queda eclipsado. Así sucede en los ámbitos todos de la ciencia.

Vegecio era conde de Constantinopla, pero ello no impidió que su táctica para combatir fuese olvidada. Olvidada como la estrategia de Polibio y como la estrategia de Folard. Las antiguas formaciones de la falange y de

la legión reaparecieron un momento, hace doscientos años, en el rincón de Gustavo-Atolfo, pero al presente no existen piqueros, como en el siglo IV, ni lasquenetes, como en el siglo XVII; el pasado ataque en triángulo, base de la antigua táctica, ha sido reemplazado por la guerrillas de zuavos cargando a la bayoneta. Un día, más cercano de lo que creemos, la carga a la bayoneta será sustituida por la paz, primero europea, y universal después, y, así, se esfumará toda la ciencia militar. Para esta ciencia su perfeccionamiento estriba en su desaparición.

La ciencia va tachándose ella misma, y sus tachaduras son fecundas. ¿Quién sabe dónde para la *Homaméria* de Anaxímenes, que quizás ese de Anaxágoras? La Cosmografía se ha rectificado no poco desde que ese mismo Anaxágoras afirmaba ante Pericles que el sol era casi tan grande como el Peloponeso. Después de los cuatro Astros de Médicis, se han descubierto muchos planetas o satélites de planetas. La entomología ha avanzado mucho desde el tiempo en que se afirmaba que el escarabajo era primo del sol y tenía algo de Dios, en primer término por los treinta dedos de sus patas, que corresponden a los treinta días del mes solar, y luego porque el escarabajo, como el sol, carece de hembra. El mismo San Clemente de Alejandría, sobrepujando a Plutarco, hacía notar que el escarabajo, como el sol, pasaba seis meses sobre la tierra y otros seis debajo de ella. Si queréis comprobarlo, ved los «*Stromatas*,» párrafo IV. La escolástica, tan quimérica como es, abandona el «Prado espiritual», de Moscus, tacha la «Escala Santa de Juan Climaco y se avergüenza del siglo en el que San Bernardo, atizando la hoguera que querían extinguir los vizcondes de Campania, llamaba a Arnaldo de Breseia el «hombre con cabeza de paloma y cola de escorpión».

Las virtudes cardinales no hacen ley en antropología. Las «*Steyardes*» del gran Arnaud han caducado. Por poco que se sepa de meteorología, se sabe lo suficiente para no discutir, como entonces, si la lluvia que salvó a un ejército seliuto se debía a las oraciones cristianas de la legión Melitina o a la intervención pagana de Júpiter

lluvioso. El astrólogo Marciano Póstumo se decidía por Júpiter, Tertuliano se inclinaba hacia la legión Melitina, nadie se acordaba de la nube y del viento. La locomoción, para llegar desde el antiguo carro del Lacio al tranvía, pasando por el carricoche, el coche, la diligencia y la galera acelerada, ha avanzado también; ya pasó el tiempo de aquel famoso viaje de Dijón a París en un mes, y no podemos comprender ahora el asombro de Enrique IV al preguntar a José Escaligero; ¿pero es verdad, señor de la Escala, que ha venido V. de Dijón a París sin hacer de cuerpo? La micrografía está no poco lejos de Leuwonhoec, que a su vez distaba no poco de Swammerdam. Ved el punto a que han llegado hoy la espermatología y la ovología y recordad a Mariana reprochando a Arnaud de Villeneuve, que descubrió el alcohol y el aceite de terebentina, el fantástico crimen de haber ensayado la generación humana en una calabaza. Grand-Jean de Fouchy, el poco crédulo secretario perpétuo de la Academia de ciencias, hace cien años, se hubiera encogido de hombros si cualquiera le hubiera dicho que del espectro solar se pasaría al espectro igneo; después al espectro estelar, y que, con ayuda del espectro luminoso y del espectro estelar, se descubriría un nuevo modo de agrupar los astros y lo que podríamos llamar constelaciones químicas. Orffyreus, que prefirió destrozar la máquina que inventó antes que mostrar el interior de ella al landgrave de Hesse, Orffyreus, tan admirado de S'Gravesande, el autor de «*Matheseos universalis Elementa*», haría sonreír a nuestros actuales mecánicos. Un veterinario de pueblo no aplicaría hoy a los animales el remedio que Galeno aplicó a las indigestiones de Marco Aurelio. ¿Qué piensan los eminentes especialistas del presente, con Desmarres a la cabeza, acerca de los descubrimientos hechos en las fosas nasales por el obispo de Titiópolis, el siglo XVII? Las momias adelantan también. Gannal las prepara mejor que se las preparaba en tiempos de Herodoto. Quinientos años antes de Jesucristo era perfectamente científico, cuando un rey de Mesopotamia tenía una hija poseída del diablo, el enviar a buscar para curarla a un dios de Tebas, ya no hay necesidad de este recurso para curar la epilepsia.

En 371, bajo la dominación de Valerio, hijo de Graciano, los jueces llevaron a la barra una mesa acusada de brujería. Esta mesa tenía un cómplice llamado Hilarius. Hilarius confesó su crimen. Ammién Marcelino nos ha conservado la confesión del acusado, recogida por Zósimo, que actuaba de abogado fiscal: «*Construximus, magnifice iudices, ad cortinæ similitudinem Delphicæ infraustam hanc mensulam quam videtis; movimus tandem? A Hilarius le fué cortada la cabeza. ¿Quién le acusaba?; un sabio geómetra y mago, el mismo que aconsejó a Valerio que se decapitase a cuantos tuviesen un nombre que empezase por «Tehod». Hoy puede uno llamarse Teodoro y hacer rodar una mesa sin que un geómetra se encargue de hacernos cortar la cabeza.*

Como se asombrarían Solon, hijo de Execéstidas, Zenón el estóico, Antipas, Eudoxio, Lysis de Tarento, Cebeo, Menedemo, Platón, Epicuro, Aristóteles y Epiménides si se les dijese, a Solon, que el año no se rige por la luna; a Zenón que no está probado que el alma se divide en 8 partes; a Antipas que el cielo no se compone de cinco círculos; a Eudoxio que no es cierto que entre los egipcios embalsamando a los muertos, los romanos quemándolos y los que los arrojaban a las lagunas tuviesen éstos razón; a Lysis de Tarento que la vista no es un vapor caliente; a Cebeo que no es exacto sean el triángulo oblongo y el triángulo isoscéles el principio de los elementos; a Menedemo que no es verdad que, para conocer las secretas intenciones de los hombres, basta cubrirse la cabeza con un sombrero de la Arcadia que sostiene los doce signos del zodiaco; a Platón que el agua del mar no cura todas las enfermedades; a Epicuro que la materia es divisible hasta lo infinito; a Aristóteles que el quinto elemento no tiene un movimiento orbicular, por la sencilla razón de que no existe ese quinto elemento; a Epiménides que no se evita la peste dejando ir a la ventura corderos blancos y negros y haciendo sacrificios a los dioses desconocidos ocultos en los lugares donde se detengan los borregos.

Este continuo caminar a tientas es propio de la cien-

cia. Cuvier se equivocaba ayer, Lagrange anteayer, Leibnitz antes que Lagrange, Gasendi antes que Leibnitz, Cardan antes que Gasendi, Cornelio Agripa antes que Cardan.

Averroes antes que Agripa, Plotins antes que Averroes. Artemidoro antes que Plotino, Posidonio antes que Artemidoro, Demócrito antes que Posidonio, Empédocles antes que Demócrito, Carneades antes que Empédocles, Platón antes que Carneades, Pherecides antes que Platón, Pitacus antes que Pherecides, Thales antes que Pitacus, y antes que Thales, Zoroastro, y antes que Zoroastro, Sanchoniathon, y antes que Sanchoniathon, Hermes. Hermes, que significa ciencia, como Orfeo significa arte. ¡Qué admirable maravilla la de ese montón humeante de sueños engendradores de lo real! ¡Sagrados errores, madres lentas, ciegas y santas de la verdad!

Algunos sabios como Kepler, Euler, Geoffroy Saint-Hilaire, Arago, sólo han aportado luz a la ciencia; pero estos sabios son raros.

A veces la ciencia impide la ciencia. Los sabios se llenan de escrúpulos ante el estudio. Plinio se encandaliza de Hiparco; Hiparco, mediante un astrolabio informe, trató de contar las estrellas y darlas un nombre. Y Plinio censuró aquello como una cosa mala respecto de Dios. «Ausus rem Deo improbam».

¡Contar las estrellas es hacer una ofensa a Dios. Esta requisitoria, iniciada por Plinio contra Hiparco, la continuó la inquisición contra Campanella.

La ciencia es la asíntota de la verdad. Se aproxima sin cesar a ella, pero no la alcanza nunca. Esto aparte, posee todas las grandezas; tiene la voluntad, la precisión, el entusiasmo, la atención profunda, la penetración, la finura, la fuerza, la paciencia del encadenamiento, el acecho permanente del fenómeno, el ardor del progreso y hasta actos de bravura; testigos La Perouse, Pilatra de Rozier, John Franklin, Victor Jacquemont, Livingstone, Mazet y recientemente, Nadar.

Pero es seria; procede por probaturas, superpuestas la una a la otra, cuyo oscuro espesor crece lentamente hacia el nivel de la verdad. El arte no es sucesivo, todo el arte es conjunto. Resumamos.

Nada parecido ocurre en el arte. Hipócrates,

ha sido excedido, Arquímedes ha sido excedido. Aratus ha sido excedido, Aviceno ha sido excedido, Paracelso ha sido excedido, Nicolás Flamel ha sido excedido, y ha sido excedido Ambrosio Paré, y han sido excedidos Galileo, y Newton, y Vessale, y Copérnico, y Clairaut, y Lavoisier, y Montgolfier y Laplace. Píndaro nó, Fídias, nó.

Pascal, sabio, ha sido excedido; Pascal, escritor, no lo ha sido.

Ya no se enseña la astronomía de Ptolomeo, la geografía de Strahon, la climatología de Cleostrato, la zoología de Plinio, el álgebra de Diofante, la medicina de Tribunus, la cirugía de Ronsil, la dialéctica de Esferus, la mitología de Stenon, la uranología de Tacio, la estenografía de Tritemo, la piscicultura de Sebastián de Médicis, la aritmética de Stifels, la geometría de Tartaglia, la cronología de Escaliero, la meteorología de Stoffler, la anatomía de Gasendi, la patología de Fernel, la jurisprudencia de Roberto Barmne, la agronomía de Quesnay, la hidrografía de Bouguer, la náutica de Bourd de Villehuet, la balística de Gribeauval, la arquitectura de Desgodets, la botánica de Tournefort, la escolástica de Abeilard, la política de Platon, la mecánica de Aristóteles, la física de Descartes, la teología de Stillingleet. En cambio se enseña hoy, y se enseñará siempre a Homero.

La poesía vive una vida espiritual. Las ciencias pueden extender su esfera, pero no aumentar su potencia. Homero sólo tenía cuatro vientos para sus tempestades; Virgilio, que tuvo doce, Dante, que tuvo veinticuatro y Milton, que tuvo treinta y dos, no las hicieron más bellas.

Y es probable que las tempestades de Orfeo valiesen las de Homero, aunque Orfeo sólo tuviera para agitar las olas dos vientos, Fenicias y Aparentias, esto es, el viento del Sur y el del norte, erróneamente confundidos a veces, digámoslo de paso, con el occidente de verano, Argestes, y con el occidente de invierno, Libs.

Las religiones mueren, y, al morir, dejan a las religiones que les suceden un gran artista. Serpión hizo

para la Venus, propicia de Atenas, un pelar que la Virgen aceptó de Venus, puesto que hoy se utiliza aquella pila en el baptisterio de Nuestra Señora de Gaeta.

¡Oh, eternidad del arte!

Un hombre, un muerto, una sombra, surge del fondo del pasado, a través de los siglos, y se apodera de nosotros.

Recuerdo que, siendo yo adolescente y hallándome cierto día en Romorantín, en una casita ruïnosa, que poseíamos, bajo un trebol verde por el que se filtraba la luz y el aire, divisé sobre una tabla un libro, el único que existía en la casa. Era de Lucrecio y se titulaba: «De rerum natura». Mis profesores de retórica siempre me hablaron mal de Lucrecio y ello bastó para despertar mi curiosidad. Abrí el libro. Era cosa del mediodía; mis ojos se posaron sobre estos versos:

Nec pietas ulla est, velatum sæ videri  
Vertier ad lapidem, atque omnes accedere ad aras,  
Nec procumbere humi prostratum, et pandere palmas  
Ante deum delubra, neque aras sanguine multo  
Spargere quadrupelum, nec votis nectere vota  
Sed mage placata posse omnia mente fueri.

«La religión no ha de volverse sin cesar hacia la vela de piedra, ni acercarse a todos los altares, ni prosternarse y alzar las manos ante la residencia de los dioses, ni regar los templos con mucha sangre de bestias, ni acumular votos sobre votos, pero sí debe contemplarlo todo con su alma tranquila.»

Me detuve pensativo y proseguí luego la lectura. Algunos instantes después, nada veía, nada oía, estaba absorbido por el poeta. A la hora de comer indiqué con un simple gesto que no tenía gana, y, al atardecer, cuando el sol se ponía, y los ganados volvían al establo, yo me hallaba aún en el mismo sitio, leyendo el maravilloso libro. Cerca de mí, mi padre, cuyos cabellos blanqueaban ya, estaba sentado en el suelo de la sala baja, en una de cuyas paredes pendía su espada colgada de un clavo, acogía con indulgencia mi prolongada lectura y llamaba dulcemente a los cabritillos que, uno tras de otro, iban a comer en la palma de su mano un puñadito de sal.

\*\*\*

La poesía no puede disminuir; ¿por qué? Porque no puede crecer.

Las palabras decadencia y renacimiento con tanta frecuencia empleadas, incluso por los hombres letrados, demuestran hasta qué punto la esencia del arte permanece ignorada. Las inteligencias superficiales, espíritus pedantes en su generalidad, toman por renacimiento o decadencia los efectos de la yuxtaposición, las falsedades de la óptica, los flujos y reflujos de las ideas, todo el vasto movimiento de la creación y del pensamiento, del que resulta el arte universal. Este movimiento es el trabajo de lo infinito a través del cerebro humano.

Solo hay fenómenos desde el punto de vista culminante, y, desde este punto de vista, la poesía es inmanente. El genio humano se halla siempre en su plenitud; todas las lluvias del cielo no añaden una gota de agua al Océano; una marea es una ilusión; el agua no descende de una ribera sino para subir a otra. Se toman las oscilaciones por disminuciones y se dice; no habrá más poetas, lo que equivale decir: no habrá más reflujo.

La poesía es un elemento; un elemento irreductible, incorruptible y refractario. Como la mar, dice cada vez lo que ha de decir; después vuelve a su tarea con una majestad serena y con una variedad inagotable que sólo pertenece a la unidad. Esta diversidad en lo que parece monotonía es el prodigio de la inmensidad.

Ola sobre ola, espuma sobre espuma, movimiento tras movimiento. La Iliada se aleja y el Romancero llega; la Biblia se hunde y surge el Corán; después del Aquilón Pindaro viene el huracán Dante. ¿La eterna poesía se repite? No. Es la misma y es otra. El mismo soplo con otro ruido.

¿Tomáis al Cid como plagario de Ajax? ¿Tomáis a Carlomagno por un copista de Agamenón? «Nada hay nuevo bajo el sol». «Vuestro nuevo es lo viejo que vuelve», etc. ¡Buen sistema de crítica! ¡De modo que el arte es sólo una serie de contrahechuras! Thersites tiene un ladrón: Falstaff. Orestes tiene un mico, Hamlet. Hipógrifo es un remedo de Pegaso. ¡Buenos están los poetas! Se roban los unos a los otros; su inspiración se complica con su ratería. Cervantes hurta a Apuleyo,

Alceste atraca a Timón de Atenas. El bosque Smintea es la selva de Bondy. ¿De dónde sale la mano de Shakespeare?... del bolsillo de Esquilo.

No. Ni decadencia, ni renacimiento, ni flujo, ni repetición; identidad de corazón, pero diferencia de espíritu. He ahí todo. Cada grande artista retoca el arte a su imagen. Hamlet es Orestes con la efigie de Shakespeare. Figaro es Scarpin con la efigie de Beaumarchais. Grandgousier es Sileno con la efigie de Rebelais.

Todo empieza con el nuevo poeta, pero, al par, nada se interrumpe. Cada nuevo genio es un abismo. Sin embargo, hay tradición. Tradición, esto es lo misterioso, como en el firmamento. Los genios se comunican por sus efluvios, como los astros. ¿Qué tienen de común. Nada y todo.

Del pozo que se denomina Ezequiel al precipicio que se denomina Juvenal no hay para el soñador solución de continuidad. Asomáos a este anatema, asomáos a esta sátira y experimentaréis el mismo vértigo. «La Apocalipsis» se reverbera sobre el mar de hielo polar, pero tenemos, en cambio, esa aurora boreal que se llama «Los Nibelungos». El Eda replica a los Vedas.

¡Y hé aquí que volvemos al punto de partida! el arte no es perfectible.

En la poesía no es posible el aumento ni la disminución. Se pierde el tiempo al decir: *nescio quid majus nascitur Iliade.* El arte tiene sus estaciones, sus nubes, sus eclipses, hasta manchas, que quizás sean esplendores, interposiciones de opacidades que le son extrañas; pero, en suma, siempre ilumina con la misma intensidad el alma humana. Siempre quedá la hoguera que produce la misma aurora. Homero no se enfría.

Insistamos sobre ello, porque la emulación de los espíritus es la vida de lo bello; ¡poetas, el primer puesto se halla siempre libre! Apartemos cuanto puede desconcertar a los audaces y quebrarles las alas; el arte es valor; negar que los genios venideros pueden igualarse a los pasados, sería negar la potencia continuada de Dios.

Insistimos e insistiremos todavía sobre la necesidad de la estimulación, de esa casi creación, y decimos; sí, esos genios que no han sido excedidos, pueden ser igualados. ¿Cómo?... Siendo otro genio.

## EL ABATE LAMENNAIS

Y SU

«ENSAYO SOBRE LA INDIFERENCIA  
EN MATERIA DE RELIGION»